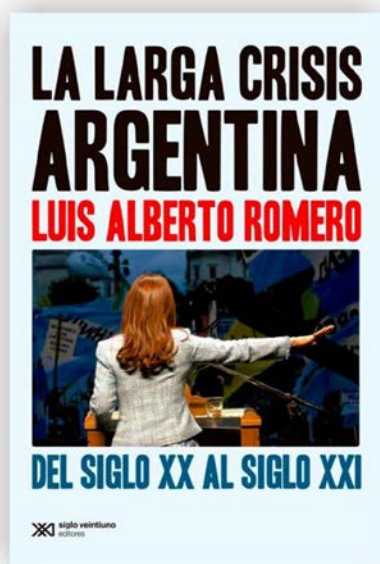


Luís Alberto Romero, *La larga crisis argentina. Del siglo XX al siglo XXI*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2013. 138 páginas.

Por Susana Belmartino

(UNR)



En este nuevo libro, Luis Alberto Romero se diferencia de los formatos historiográficos tradicionales, habitualmente utilizados para la historia con rigor académico. Así lo reconoce en su Introducción, describiéndolo como “un ensayo de reflexión, abierto y en desarrollo”.

Incluso en ese carácter su escritura presenta rasgos particulares: es un ensayo sostenido en referentes históricos reconocidos y construye su objeto en la larga duración.

El interrogante abordado, mencionado en el título como una “larga crisis”, se amplifica y diversifica en el relato: las crisis, las experiencias de crisis, las interpretaciones y reflexiones contenidas en los diferentes registros. En este libro,

esa referencia se toma como hilo conductor para construir una hipótesis de lectura de las alternativas políticas en la Argentina a lo largo del siglo XX y los comienzos del actual.

Aunque el elemento disparador se ubica en la crisis de 2002 y en los conflictos y disyuntivas de la coyuntura actual, su análisis procura una explicación más general, con capacidad para iluminar también las recurrentes emergencias que sacudieron al país en forma periódica en las últimas décadas.

Lo que aquí abordo como hipótesis es referido por el autor como “argumento”. Sería posible identificar una Argentina vital y pujante que se construye a fines del siglo XIX y que es todavía reconocible en los años de 1960. A partir de 1980 emerge, en cambio, una nación decadente y exangüe en muy diferentes aspectos.

Romero despliega su argumento en cuatro capítulos, en una síntesis impecable donde articula aspectos económicos, políticos y referentes a la sociabilidad y a la construcción de ciudadanía. En el primero nos presenta a la institución que considerará como principal artífice tanto del auge como de la decadencia, a saber, el estado. En las primeras décadas “un estado potente” consolida el montaje institucional y otorga impulso al crecimiento económico. Aborda una decidida intervención en la economía, promueve la distribución del ingreso, introduce la justicia social y contiene la conflictividad social.

En esa construcción, sin embargo, también se identifican los gérmenes de la posterior decadencia: tanto Yrigoyen como Perón, portadores de indudables credenciales

democráticas, no se habrían esforzado por adecuar la institucionalidad constitucional previa al nuevo impulso de las formas democráticas. No otorgaron importancia a la labor parlamentaria, potenciaron la autoridad presidencial bajo la figura del caudillo de masas, avanzaron en la identificación de estado y partido en el gobierno, asumido en ambos casos como genuina expresión del pueblo y de la nación. El Poder Ejecutivo desplazó al Congreso en la función de articular el conflicto entre intereses particulares; la negociación con las nacientes corporaciones se ubicó en diferentes agencias del aparato estatal.

El segundo y tercer capítulos dan cuenta de la Argentina decadente. Romero destaca, a partir de 1968, la movilización de la sociedad que acelera la retirada del gobierno militar. En ella reconoce la presencia de un nuevo sindicalismo, demandas provenientes de las economías regionales y politización del movimiento estudiantil. Lo celebra hablando de una primavera de los pueblos.

El anticlimax se despliega a partir de 1976. En ese punto se inaugura una nueva dimensión de la política: tanto para los militares como para sus oponentes, la violencia se convierte en la práctica fundadora de una revolución. Serían las políticas puestas en marcha por la dictadura militar las promotoras de la posterior decadencia.

En 1983, el retorno de la democracia y del estado de derecho estimuló una ilusión que resultaría efímera. La democracia se construyó con debilidades originarias: partidos políticos incapaces de formular alternativas, gobierno débil ante la presión del sindicalismo, las Fuerzas Armadas, y los principales grupos económicos.

Tanto en el gobierno de Alfonsín como en el de Menem las instituciones democráticas no fueron capaces de equilibrar los poderes corporativos. Otra vez se adjetiva al estado, calificándolo como “desarmado”. En los años 90, además, el gobierno se alejó considerablemente de la tradición republicana. Hacia 1998 el país comenzó a deslizarse hacia el pozo de la crisis.

El cuarto capítulo describe la recuperación kirchnerista y sus límites. El contraste entre el esplendor de la soja y la miseria de los conurbanos; la utilización de los recursos fiscales para someter a las provincias; la corrupción que llegó a superar cualquier antecedente; el fortalecimiento del gobierno a costa de la demolición del estado.

Hoy, la larga crisis sigue abierta...